

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA  
VUELTA POR ESPAÑA.

Madrid.

Toledo.

Ciudad-Real.

Cuenca.

Guadalajara.

Zaragoza.

Huesca.

Teruel.

Barcelona.

Tarragona.

Lérida.

Gerona.

Valencia.

Alicante.

Castellón.

Murcia.

Albacete.

Córdoba.

Jaén.

Granada.

Almería.

Málaga.

Sevilla.

Cádiz.

Huelva.

Badajoz.

Cáceres.

León.

Salamanca.

Zamora.

Oviedo.

Burgos.

Valladolid.

Palencia.

Ávila.

Segovia.

Soria.

Logroño.

Santander.

Álava.

Gipuzcoea.

Vizcaya.

Coruña.

Lugo.

Orense.

Pontevedra.

I. Baleares.

Navarra.

VIAJE

HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO,  
RECREATIVO Y PINTORESCO.

HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA

EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLÍTICA,  
PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS  
Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS.

VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

ABRAZANDÓ:

las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad,  
establecimientos balnearios,  
produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA

CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

REPRESENTANDO:

los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos.

Y ESCRITA

EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES

POR

UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Bobador, n.º 24 y 26

1874.

ISLA  
DE CUBA.

ISLAS  
CANARIAS.

PUERTO-RICO.

FILIPINAS.

FERNANDO POO.

L47  
2948

PROVINCIA DE BARCELONA. — Entregas 15 á 18.

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF

THE STATE OF

NEW YORK

DEPARTMENT OF

THE STATE ARCHIVES

ALBANY, N. Y.

1880

1880

UNIVERSITY OF THE STATE OF NEW YORK

Véanse en su portada dos columnas informes, delgadas, toscas, de unos seis piés de altura, con capiteles de mármol, groseramente trabajados, siendo su estilo entre árabe y romano.

La parte superior de este arco está guarnecida por una hilera de peces, estrellas, formas caprichosas y cabezas humanas; simbolizando los cuatro Evangelistas, un leon, un buey, una águila y un ángel.



Exterior de la iglesia de San Pablo.

En el centro, hay una especie de escudo circular bastante tosco que le constituyen cuatro carteles divididos por una raya horizontal y otra vertical; sobre él hay una mano con dos dedos extendidos.

En medio de los capiteles superiores y sobre la línea vertical que los divide, hay una R, y una S en la de los inferiores.

En estos y debajo de la línea horizontal, se ve, en el uno, el *Alfa*, y en el otro la *Omega*, ó sean la primera y última letra del alfabeto griego, símbolo del principio y fin de todas las cosas.

«¿Querrán significar en esta fachada, — dice un historiador contemporáneo, — que el fundador costeó esta obra desde el comienzo hasta la conclusión?»

Fuera de toda duda parece que la mano á que hemos aludido debe ser ó quiere re-

presentar la de un Pontífice ó un Prelado en el acto de echar la bendición, y tal vez pueda aludir á la del papa Benedicto VII, en cuyo caso y habiendo tenido de duracion aquel pontificado nueve años, la mencionada fábrica deberia haberse hecho dentro de ese espacio.

El Sr. Pí y Arimon reúne una inscripcion latina cuyos caracteres se hallan esparcidos por toda la fachada del modo siguiente, añadiendo despues :

HÆC DOMINI PORTA VIA EST OMNIBUS ORTA  
JANUA SUM VITÆ PER ME GRADIENDO VENITE  
IN HAC AULA MONASTICA BENEDICTI NOS VII MISIT RENARDUS PRO SE ET  
ANIMA UXORIS EJUS RAIMUNDÆ.

«Simbólicos son todos los objetos de esta parte del edificio, y de muy difícil comprensión. Sin embargo, entendemos que pueden interpretarse sin grave repugnancia en este sentido. Renardo fue el fundador de este monasterio, cuya obra entera costó en sufragio de su alma y de la de su esposa Raimunda. El número VII cercano al *Benedicti*, junto con la mano en actitud de dar la bendición, parece que quieren recordar que consagró este templo por sí ó por medio de un delegado suyo el papa Benedicto VII; pero en un monasterio de san Benito el *Benedicti* escrito como complemento del *aula monastica*, y el *nos* interpuesto entre aquel nombre y el número cronológico, nos infunden muy serias dudas.»

Efectivamente á dudas parecen prestarse las contradicciones que denota el erudito historiador mencionado, y de la misma manera que él, reconocemos nuestra impotencia para resolverlas.

Desdicha es que no haya podido encontrarse hasta ahora una explicacion satisfactoria, y como el Sr. Pí y Arimon nos congratularíamos de que hubiera un investigador que mas feliz que nosotros pudiera resolver de una manera completa esas dudas que sin cesar nos asaltan.

Segun el cronista Pujades, encontró un instrumento público en el archivo de esta ciudad por el cual consta que el abad Atto de comun acuerdo con la voluntad del convento, vendió algunas tierras al vizconde Guitardo de Barcelona, deduciendo de aquí que en el año 979 época á que aquel se refiere, existian en el monasterio monjes claustrales de san Benito.

Supónese que al ser tomada Barcelona por los infieles, abandonarían los religiosos su hasta entonces tranquilo asilo, bien ante los horrores del saqueo y del incendio que marcaban el paso de las huestes musulmicas, bien por lo insalubre que quedó aquel sitio á causa de los pantanos que se formaron por aquella parte.

Mas de ciento treinta años transcurrieron sin que la Santa Casa recibiera nuevos inquilinos, pudiéndose comprender sin grandes esfuerzos que durante un espacio tan dilatado y resentido ya el edificio, la obra de destruccion proseguiria su curso, siendo necesaria una reparacion tal para hacerlo habitable, que bien podia llamársele reconstruccion.

En 29 de abril de 1117 Guiberto Guitardo y su esposa Rotlandis emprendieron aquella nueva fundacion, mandando levantar el nuevo edificio á sus expensas, mereciendo el honroso título de patrones y fundadores, encerrándose mas tarde sus restos mortales en un sepulcro de piedra, el cual fue colocado en el claustro.

En la parte superior de la urna, estaban los escudos de armas y en la inferior, una linea á manera de epitafio, que dice :

✻ HIC JACENT MONASTERII FUNDATORES. ✻

En la pared y encima del sepulcro por debajo del arco, se leia esta otra inscripcion :

VI idus madii, anno Domini MCCCVII, obiit Guillelmus de pulero loco, qui anniversarium hic instituit; et est cum suis parentibus hic sepultos. Et fuerunt hic translata corpora spectabilium Guiberti Guitardi et uxoris ejus Rotlandis, qui hoc cœnobium fundaverunt, et romanæ ecclesiæ tradiderunt III Kals. Madii anno MCCXVII.

Lo verdaderamente notable que tiene la fábrica que nos ocupa y que la constituye en una de las mas ricas joyas que posee la capital del Principado, no es la belleza ni la delicadeza en sus labores ni adornos, si no que es el tipo mas puro del género bizantino de la segunda época, «es uno de aquellos santuarios de que apenas quedan vestigios en nuestro suelo (1).»

En el claustro, sin embargo, adviértese una especialidad en las notables labores, que á juicio de los inteligentes se prestan un carácter arábigo bastante marcado, suponiendo tambien que la poca elevacion que tienen sus arcos, les da cierto carácter egipcio.

De aquella poca elevacion nace el carácter sombrío y triste de que participa todo él, contribuyendo no poco á esto los negruzcos sepulcros que se destacan de sus húmedas paredes asemejándole á uno de aquellos «lóbregos lugares—como dice un moderno historiador—donde los primitivos cristianos se reunian para contemplar los misterios de la fe sobre las tumbas de los mártires.»

La atencion del curioso fijase de un modo extraordinario en los capiteles de las columnas pareadas que sostienen la obra y aquella diversidad de figuras y de objetos que en ellos se ven, contribuyen no poco á prestarle ese carácter admirable que hace del conjunto una de las obras mas dignas de estudio que conserva la capital del Principado.

«Contemplándolo de léjos—dice el erudito Piferrer,—la primera idea que en nosotros despierta es la de la guerra, parece una pequeña fortaleza sajona y las troneras cubiertas que sobresalen encima de su portada, aumentan la ilusion si es que no nos ofrecen una elocuente imágen de aquellos trabajosos tiempos en que hasta el santuario

(1) Piferrer, *Recuerdos y bellezas de España*.

tenia que guarecerse con aparatos de muerte y fundar su apoyo en la fuerza. Pero al acercarnos revélanos la iglesia feudal, el templo bizantino bajo, sombrío, compacto y severo.»

Efectivamente, de todo participa el templo que nos ocupa, y no puede contemplarse sin veneracion y respeto iglesia que guarda tan preciados recuerdos y que ha visto resbalar sobre su robusta mole siglo tras siglo, envolviendo cada uno épocas, hechos y personas que tanta influencia han ejercido en el progreso y en la marcha de la humanidad.



Claustro del Monasterio de San Pablo.

Desde los lamentables sucesos de 1835 el monasterio de San Pablo dejó de estar habitado por los religiosos que le ocupaban, quedando desde entonces la iglesia convertida en parroquia y el monasterio en cuartel de infantería.

—¡Jesús! que movimiento tan extraordinario hay en esta población,—decía D.<sup>a</sup> Engracia al regresar con sus compañeros de la expedición á que hemos aludido.

—Hija, yo estoy mareada; tanto carro, tanto carretón, tanta gente.

—Precisamente vamos por una calle en que el movimiento es mucho más extraordinario por efecto de la porción de fábricas que por aquí existen.

—Ahí tiene V. una cosa que me gustará ver.

—¡Oh! ya lo creo, y que estoy seguro han de pasar Vds. muy buenos ratos.

—Ya se comprende que para alimentar tanta fábrica como hay en Barcelona exige

ese considerable número de carros que se ocupan en las distintas faenas que lleva anexas semejante industria.

—¿Y sabe V. que debe mantenerse mucha gente con ella?

—Ya lo creo, y no es todavía lo que Vds. se figuran,—repuso Sacanell; —la industria algodonera en Cataluña protege y fomenta otro sin número de industrias que crecen á su sombra y que á su vez llegan á convertirse en otros grandes establecimientos industriales que exigen tambien considerable número de brazos.

—¡Otras industrias! Pues ¿cómo puede ser eso? —preguntó Pascual.

—Ya comprendo lo que dice Sacanell, porque nosotros allá en Jerez tambien damos de comer y alimentamos otra porcion de industrias mas pequeñas, que sin la viticultura arrastrarian una existencia bastantemente lánguida.

—Exactamente; la única diferencia que existe, es que para la de Vds. generalmente bastan cuatro ó seis por decirlo así, auxiliares; mientras que para la nuestra, como que se subdivide en varias clases, son necesarias muchas mas accesorias.

—Pues señor, no lo entiendo, hijo; le aseguro á V. que cada vez me pesa mas el no entender nada de letra. Mi pariente me decia muchas veces, pero Robustiana ¿por qué no has de aprender á leer? pero ¡cá! están verdes, dijo la zorra; me estorba á mí lo negro, y con las faenas de la casa y los cuidados de las haciendas, apenas si me quedaba tiempo para rascarme la cabeza; pero *velay*, cuando una escucha hablar á personas tan instruidas como estos señores, se siente, así, como vergüenza de ser tan zote.

—Sin embargo D.<sup>a</sup> Robustiana, V. ha sabido trabajar, V. ha sabido aumentar los intereses de su casa y criar perfectamente á su hija.

—Eso sí; aunque me esté mal el *icirlo*, cualquiera otra podrá ser mas leida que yo, pero en cuanto á mujer de su casa, ninguna me ha echado la pata.

—Es sensible siempre que la instruccion no haya podido estar en relacion con sus deseos, pero nosotras, créame V., harto sabemos con ser buenas esposas y buenas madres de familia.

—Pues como íbamos diciendo,—proseguia Sacanell interrumpido un momento por el aparte de las dos señoras,—aquí en Barcelona Vds. que se han sorprendido mas de una vez viendo ese sin número de carpinteros, de herreros y de algunos otros oficios, búsqúenle la aplicacion en la industria algodonera; los embalajes, las piezas de maquinaria que necesitan recomponerse, el papel para los paquetes, el hilo bramante que oprime los paquetes, las cajas de carton que encierran cierta clase de manufacturas, las etiquetas que llevan las facturas, el corraje de las máquinas, constituyen un trabajo grande por el sin número de fábricas que hay que prestan por sí solas vida á las respectivas industrias que todas ellas representan.

—Pues es verdad.

—Y tengan Vds. en cuenta que la mayor parte de ellas no se ven; ¿Ustedes saben lo que producen las cajas de carton? Calculen Vds. que hay fábrica que por término medio necesita semanalmente doscientas ó trescientas cajas, pues esto que no seria mucho tratándose de una fábrica sola, calculen Vds. la cifra que representa cuando son ochenta ó ciento las que unas mas, otras menos, hacen un consumo semejante, y

esto no está á la vista del público, esto no puede apreciarse debidamente, porque si así podemos expresarnos, es una industria privada que puede hacerse en una habitacion.

—Cierto; cierto.

—Ya ven Vds. si eso representa brazos que se sostienen de ello, y esa industria á su vez requiere tambien otros auxiliares.

—Sí, es una cadena cuyos eslabones van uniéndose sin cesar...

—Pero que siempre reciben su primera impulsión de aquella industria.

—Y ahora mismo, esto de que nos estábamos quejando, — prosiguió D. Agustín, — esta porción de carros que nos aturden los oídos, viven de igual manera merced á la industria.

—¿Quién lo duda? El transporte de carbones, el acarreo de algodón, etc., necesitan de ese elemento para su conducción en grandes cantidades, y por lo tanto á la par que da de comer á multitud de familias, constituyen ese gran movimiento, esa animación, esa vida que se advierte, que molesta al que no está acostumbrado á ella, pero que demuestra palpablemente los elementos de prosperidad que tiene la población ó la comarca en que se ven.

—¿Dónde vamos por aquí? — preguntó de repente Azara al ver que abandonaban la calle de San Pablo y penetraban por la de Mendizabal.

—He pensado — contestó Sacanell, — que encontrándonos tan cerca como estamos del antiguo convento de San Agustín, cuya iglesia es actualmente parroquia, podemos visitarla, terminando con esto, si á Vds. les parece, nuestra excursión de hoy.

—Sí, sí, que francamente comienza ya á ser un tanto pesadita por el calor.

—¿Sabe V. que es bonita esta calle? — dijo D. Antonio aludiendo á la de Mendizabal.

—Es muy moderna — contestó Sacanell; el terreno que estamos pisando pertenecía en parte al convento cuya iglesia vamos á ver y á un huerto en el que había un lavadero público.

—Y en mi concepto ha ganado mucho la población con el cambio verificado aquí, porque es indudablemente una de las calles más elegantes que hemos visto.

—¡Hombre! y que lástima que esas esquinas no armonicen con el resto de la calle, — dijo Azara aludiendo á las de la calle del Hospital.

—Sí, cuando se edifiquen esas casas ganará mucho.

Pocos momentos después nuestros viajeros daban vista á la plaza de San Agustín. Al fijar sus ojos en el fondo de la pequeña plaza, dijo D. Agustín:

—¿Es esa la iglesia de mi santo patron?

—Precisamente.

—¿Pues sabe V., — añadió Azara; — que no me hace gracia esa portada?

—Vamos, esa sí que está *güena* — dijo D.<sup>a</sup> Robustiana, — estos señores todo lo han de encontrar malo; mire V. que esas *columnas* me *paecen* á mí muy *rebustas*.

—Demasiado, — añadió D. Cleto con cierta ironía.

—¡Ah! ¿con qué también V. lo encuentra malo? ¿Qué le *paece* á V. D.<sup>a</sup> Engracia?

—Amiga mía, no entiendo de arquitectura una palabra; creo que es bueno aquello que me dicen los inteligentes que lo es.

—¡Toma! pues á mí si me gusta una cosa, es porque es *güena*.

—Pues está V. en un error, mi señora D.<sup>a</sup> Robustiana, — repuso D. Cleto, — el que á nosotros nos guste un objeto, no implica que sea bueno; una cosa es nuestro gusto particular y otra cosa es la belleza artística.

—Vamos á ver, ¿y por qué dicen Vds. que eso es malo?

—Precisamente nuestro *Cicerone* y el amigo Azara nos lo explicarán.

—Yo por mi parte, — repuso el aragonés, — no encuentrolas razones artísticas por decirlo así, en que poder fundar esa poca simpatía que me inspira esa fachada, pero me parece que no son de buen gusto ni las columnas ni la cornisa, y creo que para haber seguido de esa misma manera todo el resto de la fachada que como se ve está sin concluir, no debe haberse perdido mucho para el arte con que no se haya terminado.

—Así es, chico, — dijo Saçanell, — yo tampoco puedo explicártelo como nuestro amigo D. Cleto puede hacerlo, pero he oido á personas inteligentes que era de pésimo gusto todo el trabajo que ahí se ve.

—Así es — dijo D. Cleto, — las seis columnas de orden compuesto que forman el pórtico y que sirven de apoyo á ese cornison tan lleno de resaltos, pertenecen al género churrigueresco, así, como si mal no recuerdo, tambien adolecen del mismo defecto todas las demás molduras que hay en el interior.

—Y diga V., ¿por qué está puesto el escudo de las armas reales allí sobre el arco central?

—Porque eso indica que la obra del templo que vamos á visitar, fue costeada por el monarca.

—Vaya, pues hija, me he *quedao* lucida, — dijo D.<sup>a</sup> Robustiana á D.<sup>a</sup> Engracia, — vea V.; yo que me creía que esto era tan *güeno*.

Tras estas palabras nuestros viajeros entraron en el templo dando comienzo á la inspeccion de su interior.

## VIII.

### San Agustin.

Despues de haber morado los Religiosos Agustinos en el monasterio de San Pablo del Campo, en Santa Ana y en Monte Sion, en el año de 1309, segun lo que vió Diago en unos anales antiguos, Fr. Bonanato Zaguals fundó el monasterio de San Agustin en la parroquia de Santa María del Mar, en las casas de un ciudadano llamado Jaime Bosset, en la calle de *Tantarantana*.

La obra quedó terminada hácia 1313 y era el convento uno de los mas famosos de Barcelona por su buena arquitectura y labores.

Un historiador de nuestros dias refiere así las vicisitudes del convento que nos ocupa.

«Tenia dos claustros: — dice — uno mayor de figura cuadrada, con bien trabajados

machones, en cuyos intermedios una delgadísima columnita sostenía dos arcos en ojiva.

En un ángulo se veía el escudo de armas de la noble casa de los Borgias, uno de cuyos individuos se sentó en la silla episcopal de Barcelona; dos lados del mismo están todavía en pie y es muy digno de que se conserve este trozo de bella arquitectura.

El claustro menor tenía figura de trapecio, y aunque no tan magnífico como el anterior, era sin embargo más retirado, y mostraba que se había hecho no tanto por ostentación como por el rigor de la clausura.

Ofrecía en las paredes hermosos retratos de Santos y esclarecidos héroes de la Religión. Fue concluido en 1389.

Entre ambos claustros estaba situado el refectorio, de figura rectangular, cuya longitud se extendía á todo el lado derecho del mayor. El piso bajo de esta pieza sirve ahora de cuadra de caballería.

La iglesia, toda de sillería, constaba de una nave muy capaz, despejada y bella. Su planta era rectangular, de 39 varas de largo, 29 de ancho, y de una elevación correspondiente.

En ella, delante del claustro mayor, en el preciso lugar en que se encuentran ahora las salas para las clases de la Academia del cuerpo de Ingenieros, había la capilla de Nuestra Señora de la Piedad, donde se veneraba una imagen de la Virgen bajo aquel título; la cual, al decir del P. Armañá, según tradición constante que no ha de ceder á la más rigurosa crítica, fue pintada, como otras, por la mano del Evangelista San Lucas.

Trájola de Roma un mercader llamado Miguel Roda, quien á sus expensas hizo construir la capilla que fue terminada antes de 1399, y favorecida con gracias y privilegios iguales á los de la Lateronense de la capital del orbe cristiano.

Durante la peste de 1482, la ciudad, para suspender el azote de la indignación divina, acudió con solemne procesión á esta imagen de Nuestra Señora de la Piedad, llevándola por ofrenda un cirio en trozos iguales, grueso como de un dedo, y tan largo cuanto bastara para ceñir las murallas de la población por sus fosos.

En el recinto de la capilla se veía un copioso número de sepulturas de las familias más nobles de Barcelona.

Demoliéronse en su mayor parte en 1718 la bella iglesia y convento de San Agustín por mandato de Felipe V, para formar la esplanada de la Ciudadela.

Otro precioso monumento de que por aquel tiempo se despojó á nuestra patria.

Actualmente los restos del edificio sirven de Academia del cuerpo de Ingenieros, y de cuarteles de artillería y de zapadores.

Demoliéronse, decíamos, á pesar de que para detener el terrible golpe acudiera personalmente á la corte en 1716, en nombre de la comunidad, el prior Fr. Agustín Mitjans, ofreciendo con un memorial que presentó impreso al Rey, el proyecto de rebajar las alturas de la iglesia y convento, y de tener minados y prevenidos sus edificios para volarlos en cualquiera contingencia de guerra; solo á fin de quedarse en aquel antiguo amado solar.

Todo fue inútil: el Consejo de Guerra despreció la proposición. Decretado estaba que la Ciudadela debía levantarse sobre las ruinas de la más bella parte de Barcelona.

Reducidos los Agustinos á vivir en un rincón de lo que fuera un día su magnífica morada, sin templo, ni coro, ni aulas, y casi sin clausura, quedábales no obstante la capilla de Nuestra Señora de la Piedad; y así conservaban con igual gravedad y religión el culto, con no menos esplendor los estudios, con la misma estrechez el retiro, y con el propio valor la disciplina regular.

Poco tardaron en verse sorprendidos por otra orden que les amenazaba el derribo de la venerable capilla; y temiendo entonces más de cerca que nunca el total exterminio del convento de Barcelona, y por consecuencia el de toda la religión Agustiniiana en Cataluña, presentóse en 1720 en la corte el otro prior Fr. Próspero Coma, pidiendo la manutención del sitio existente, concesión de terreno hácia la Puerta Nueva para ensancharlo, y un caritativo subsidio para levantar la nueva iglesia y reparar lo más preciso del convento.

Amainado habría ya un tanto el apasionamiento de la corte contra la ciudad, como quiera que si bien fueron desechados los extremos de la solicitud, ofrecióse á la orden para convento la capacísimá casa del Palao; pero opúsose á ello con intrepidez la marquesa de Villafranca, representando al Monarca el vivo desplacer que á su casa resultaría, si pasaba á otra mano aquel monumento de su antigüedad, estimado como tal por uno de los más ilustres blasones de su nobleza.

Atendidos los justos motivos de la súplica y los méritos de la suplicante, desistió D. Felipe V de su soberana resolución. Con esto se mandó á los ingenieros directores y al Ayuntamiento de la ciudad que propusiesen sitios á propósito para la nueva fábrica.

Dos fueron elegidos: la casa del Teatro y su vecindad, y una vasta porción de terreno en la calle de *Escudillers*; sin embargo, el negocio quedó por entonces en mero designio.

A bien que en 18 de diciembre de 1729 se dispuso que, interin se concediera á los Agustinos calzados lugar para erigir un convento, corriese este desde aquel punto á expensas del real erario, á cuyo fin se libró la cantidad de 96,000 libras catalanas (1.024,000 reales vellón) sobre el producto de correos y postas de la corona de Aragón, pagadera en el plazo de doce años.

Demás de esta gracia, en 24 del mismo mes se concedió la suma de 1.000,000 reales vellón sobre vacantes de obispados de Indias. Expidióse al propio tiempo orden al Capitan General Marqués de Risbourg, para que confiriéndose con el Ayuntamiento, Ingeniero Director é Intendente General, y oyendo las súplicas de la comunidad, se señalara nuevamente sitio adecuado para el edificio.

Cinco se propusieron con otros tantos planos delineados por el ingeniero brigadier D. Alejandro de Rez, á saber: en los expresados barrios de la calle de *Escudillers* y casa del teatro, en la calle de la *Cadena*, el recinto llamado las tres torres de la *Rambla*, y entre las calles del *Hospital* y *San Pablo*.

Mostraron los religiosos predilección al cuarto; pero hallándose situado en frente del convento de Santa Mónica de Agustinos descalzos, estos opusieron fuertes obstáculos al proyecto.

Discutiéronse las ventajas y perjuicios hasta que, atendido lo que expuso acerca del negocio el Ingeniero general Marqués de Werboom, el Rey señaló como postrera resolución el último punto, entre las referidas calles del *Hospital* y *San Pablo*, librando en 6 de diciembre de 1726 para la compra del terreno la cantidad de 14,683 libras catalanas (263,285 reales 11 mrs. vellon). Las sumas asignadas hasta esta época para la obra ascendían pues á 2.287,288 reales 11 mrs. vellon.

Nuevas oposiciones experimentaron los agustinos calzados; mas sofocadas luego por el Rey, ellos tomaron posesion de tres casas sitas en el punto referido, á 19 de noviembre de 1727. Obtenida la licencia del Ordinario para la creacion de la nueva iglesia y convento, el 25 de diciembre se abrió una pública interina en una de las tres mencionadas casas, colocando en ella el Santísimo Sacramento, y comenzando á celebrarse la Misa y administrarse los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.

Por último, despues de adquirida mayor porcion de terreno alrededor, á 12 de diciembre de 1728, puso la primera piedra de la nueva fábrica con gran solemnidad y lucido aparato D. José Ignacio de Amigant, canónigo provisor y vicario general á nombre del obispo D. Bernardo Gimenez de Cascante.

En las cuatro caras de la piedra estaban grabados los escudos de armas del Rey de Barcelona, de la Orden de Agustinos calzados, y del Capitan General Marqués de Risbourg.

Fue confiada la direccion de la obra á D. Pedro Bertran, arquitecto bien conocido por su singular y calificada pericia, el cual tuvo la gloria, no muy comun por cierto, de concluir la iglesia antigua de la religion y empezar la nueva. Su retrato estaba colocado sobre una de las puertas de la portería.

Varias circunstancias fatales y otras oposiciones que aquellos religiosos parecían estar destinados á sufrirlas perpétuamente, hicieron suspender aun diferentes veces la continuacion de la fábrica; las pasamos por alto por no ser demasiado prolijos.

Pero sí referirémos que D. Felipe V, con cédula de 8 de diciembre de 1740, á ruego del prior Fr. Antonio Mora, declaró por sí y sus sucesores el real específico patronato del nuevo convento, en atencion á ser este en su destino, coste, etc., obra de su régia liberalidad.

Diez años despues, durante el reinado de D. Fernando VI, á 30 de diciembre de 1790 por la mañana, fue bendecida en nombre del Obispo la iglesia interina de la nueva obra por D. Estéban Vilanova, canónigo arcediano, provisor y vicario general.

Por la tarde fue trasladado á ella, desde la antigua, el Santísimo Sacramento con procesion á que concurrieron las cofradías de la iglesia, los Religiosos Dominicos, Franciscanos y Agustinos descalzos, las comunidades de Santa María del Mar y Santa María del Pino, el Ayuntamiento y el Obispo. Desde esa época hasta la conclusion de la obra no ocurrió suceso digno de mencionarse.

La fachada de la actual iglesia de San Agustin, que no está aun concluida, tiene un vasto pórtico con seis grandes columnas de orden compuesto, de mal gusto, y cinco arcos que dan ingreso á dicho pórtico.

Sobre la clave del arco del medio se ostenta de relieve el escudo de armas reales, en señal de haber sido costeadada la obra por el Rey.

Las columnas descansan sobre pedestales y se hallan empotradas como de un tercio; sirven de apeo á un cornison lleno de resaltes, cuyo perfil, como el de las demás molduras del templo, es de un gusto extravagante, churrigueresco. Por fin, el todo de la fachada es malo, no menos que sus detalles; de suerte que puede agradecerse que haya quedado sin concluir, pues atendidas las dimensiones de la porcion no acabada, lo que debia seguir al cornison actual hubiera sido necesariamente monstruoso.

El santuario consta de una sola nave, soberbia por su vasta capacidad. Su decoracion es de orden compuesto adornado con capiteles de extravagante dibujo; ni son menos feos los resaltes sobre cada pilastra del pesado cornison que sirve de imposta á la bóveda de cañon seguido, semicircular, con lunetas, que cubre la nave y el crucero del templo.

El cimborio es una bóveda elipsóidica sostenida por las boquillas y arcos torales, y cuya superficie cóncava apenas se divisa en mitad del dia por carecer del linternon, ó de los otros luminaires que suelen encontrarse en esta parte de los templos.

Nada de particular ofrecen las dos filas de capillas que existen á los costados de la nave; y las tribunas que se ven sobre ellas, por la mala forma de su frente, ayudan á aumentar el desagrado que experimenta el ojo del artista al contemplar la pobreza de recursos del que concibió tal idea, cuando la extension y circunstancias de la obra presentaban el mas hermoso campo para producir un monumento digno de la capital, dentro de cuyo recinto se erigia.

Gran quebranto produjo en la iglesia de San Agustin el incendio que sufrió en los tristes acontecimientos de 1835.

Así, pues, permaneció cerrada, hasta que habiéndola destinado para parroquia la real orden de 25 de febrero de 1839, se hicieron en ella las reparaciones necesarias, y se abrió nuevamente á la veneracion pública en 27 de agosto del propio año, en cuyo dia se verificó la traslacion del Santísimo Sacramento desde la parroquia de Nuestra Señora del Pino, con gran pompa y asistencia de las Autoridades; y al siguiente, festividad de San Agustin, cantáronse los divinos oficios celebrando de pontifical D. Pedro Martinez de San Martin, Obispo de la Diócesis (1).»

—Pues, señor, dejando aparte la historia de las vicisitudes porque pasó la comunidad agustiniana, vicisitudes que constituyen, por decirlo así, la historia de esta iglesia, poco es lo que tiene que ver.

—Tiene V. razon, D. Antonio, á escepcion de la grandiosidad de la nave que constituye la iglesia, el decorado de ella no me ha hecho efecto alguno.

—Al profano en arte quizás le agrade; la generalidad admirará la vasta capacidad de la nave, pero el artista no puede quedar satisfecho de tales obras, máxime cuando otras tan ricas pueden admirarse en Barcelona.

—Tiene V. razon.

—Y que cerquita está de casa.

—¡Oh! cerca de casa de Vds. hay bastantes iglesias, y sucesivamente irémos visitándolas todas.

(1) Pi y Arimon.

—Pues si yo creí que ya estábamos casi á punto de concluir.

—Lo verdaderamente artístico casi lo hemos visto ya, pues á escepcion de algunos restos que visitaremos, poco, como cuestion de arte religioso, nos queda ya que ver.

—¿Qué restos son esos?

—La iglesia del antiguo monasterio de San Pedro de las Puellas.

—¿Tambien es otro monumento que ha desaparecido?

—Poco falta, y era como San Pablo del Campo, uno de los ricos detalles que nos quedaban de los pasados tiempos.

—¿Está muy léjos de aquí? —preguntó D.<sup>a</sup> Robustiana para cuya obesidad al calor y la distancia que hubiera de recorrer la aterraban.

—Bastante.

—No me lo diga V., hombre de Dios.

—Pues mejor; quédate en casa —repuso Pascual comprendiendo el verdadero significado de la exclamacion de su esposa.

—Eso es; cabalito, amen Jesús; yo me quedaré en casa, y tú te irás por ahí muy orondo á verlo todo; pues hijo, yo no he venido á Barcelona para estarme pudriendo entre cuatro *paderes*.

—Pero mujer, si lo digo por tu bien.

—Mira, hijo, quien no te conozca que te compre; ya sé yo porque me lo dices tú, pero no tengas *cuidao*, que me has de llevar que quieras que no, cosida á los faldones de tu *levosa*. Así hubiera ido cuando aquellos *retepillos* te engañaron con el aderezo.

—Vaya, vaya, ¿quién piensa en eso ya?—dijo D. Agustin.

—Toma, ¿quién ha de pensar? A quien le ha costado los cuartos; vale Dios que era una friolera.

Felizmente la llegada á la casa que habitaban, vino á poner término á aquella discusion, que dadas las condiciones de D.<sup>a</sup> Robustiana, amenazaba tomar grandes proporciones.

Una vez en la puerta de ella separáronse nuestros viajeros quedando en verse á la tarde para ir á paseo porque únicamente las mañanas eran las que dedicaban á la visita de monumentos, pues la fuerza del calor impediales el resto del dia emplearlo del mismo modo.

## IX.

Un recuerdo sobre la industria.—Fábrica de Fiter y hermano, y Tienda de modas de Morlius.

Al dia siguiente dispusiéronse nuestros viajeros para emprender sus cotidianos paseos.

Entre los amigos de Sacanell con quienes habian hecho conocimiento nuestros viajeros, habia un tal Ramon Coll, apreciable literato y gran conocedor de su pais.

Uno y otros simpatizaron bien pronto, llegando ha hacerse indispensable para nuestros amigos, y por lo tanto á casi todas partes les acompañaba, sirviéndoles de mucho,

pues ayudaba al primero en sus funciones de *cicerone* y ratificaba los recuerdos que el segundo conservaba de cuando en otras épocas habia estado en Barcelona.

Precisamente en el momento en que fué á buscar á los viajeros para pasar á casa de las señoras, hallábanse tanto D. Agustin como D. Antonio, leyendo varias cartas que acababan de recibir.

Cuando hubieron concluido, preguntóles:

—¿Qué tal? ¿Tienen Vds. buenas noticias de la familia?

—Sí, gracias, amigo Coll,—repuso D. Agustin,—mi esposa está bien, y por cierto que me hace una multitud de encargos para cuyo desempeño he de molestar tanto al amigo Sacanell como á V.

—Estoy á su disposicion.

—Mil gracias, y les aseguro que si así continúa, creo que me voy á convertir en agente de medio Zaragoza.

—Ya se sabe que cuando uno va á un punto como Madrid, Barcelona ó cualquier otra de esas grandes poblaciones, bien de España ó del extranjero, los amigos aprovechan la ocasion.

—Lo que es conmigo se despachan á su gusto. Uno me dice que vaya á la fábrica de no sé quien, que aquí me manda la apuntacion, á ver en qué consiste que todavía no ha recibido el pedido que les hizo. Otro, que lleve una carta á un D. Fulano de tal fabricante de estampados; otro, que le compre unos botones de brillantes para hacer un regalo: y para fin de fiesta, mi mujer me encarga la compre una mantelería y una alfombra, y qué sé yo cuantas cosas mas.

—Vaya, pues se conoce que hoy se han dado de ojo nuestros paisanos,—añadió D. Antonio.

—¿Tambien V.?

—Tambien; mis cuñados y mi hermana me llenan las dos cartas, que acabo de recibir, de encargos de compras.

—Perfectamente; con eso tendrán Vds. ocasion de visitar una porcion de importantes establecimientos.

—Desde luego.

—Vamos, pues ya veo que yo que soy quien menos se queja y el que mas atareado ha de hallarse.

—¿Acaso D. Cleto tambien ha recibido encargos?—dijo Sacanell.

—Y mayúsculos. Figúrese V. que un amigo de Guadalajara me escribe que trata de abrir un establecimiento de géneros, y me manda todas las notas de pedido.

—Pues es una friolera.

—¿Y qué clase de géneros quiere?

—De todos; de hilo, de algodón, de seda, y por si algo le faltare tambien quiere de punto.

—Tarea tiene V.

—Pero, sin embargo,—dijo Sacanell,—aquí estamos Coll y yo, y entre los dos mucho podemos ayudarle.

—Así lo espero.

—Ya nos ocuparemos de todo, y cuando Vds. quieran harémos esos encargos.

—Irémos aprovechando nuestros paseos por Barcelona, y á la par que visitemos un edificio antiguo, un establecimiento benéfico, un sitio de recreo, entrarémos en alguna fábrica y servirémos á nuestros amigos.

—Perfectamente.

—Ahora, si á Vds. les parece, pasarémos á buscar á las señoras.

—Vamos allá.

—¿Dónde nos dirigiremos hoy?

—Al azar. Saldrémos de casa y recorrerémos algunas calles en la seguridad de que en alguna tropezarémos con algun recuerdo.

—Que me agrada eso,—dijo D. Agustín,—de ese modo podrémos entrar tal vez en alguna fábrica.

—Es muy posible.

—Pues, ea, vamos á la calle.

Poco tiempo despues nuestros amigos penetraban en la casa de D.<sup>a</sup> Engracia y de Pascual.

Apenas los vió la madre de Pilar dijo á Sacanell:

—Llega V. muy á tiempo, amigo Sacanell.

—Es decir, que nosotros no,—añadió Azara.—¿Sabe V. tia, que el recibimiento tiene poco de agradable para nosotros?

—Ea, sobrino, no empieces á disparatar; cuando me he dirigido á Sacanell en particular, es porque ni tú ni tus buenos compañeros pueden servirme en lo que voy á decir.

—Hable V. D.<sup>a</sup> Engracia, hable V., que demasiado sabe que me tiene á sus órdenes.

—Acabo de recibir carta de Huesca.

—¡Adios! Ya tenemos encargos tambien,—exclamó D. Agustín.

—Precisamente.

—¿Y quién te escribe?

—Hombre, Rosalía, que como sabes va á casar á su hija, y me hace el encargo de que la compre unas blondas y otras varias frioleras.

—Pues, señor, lo dicho; nos van á convertir en agentes suyos todos nuestros paisanos. Ya aseguro que los amigos Coll y Sacanell, se van á divertir.

—Satisfaccion tendrémos en complacerles,—repuso Coll.

—Pues cuando V. quiera, D.<sup>a</sup> Engracia, podrémos pasar á ver esas blondas que la encargan.

—Si V. quiere, hoy mismo.

—Al momento.

—¿A qué fábrica vas?—preguntó Coll.

—A casa de Fiter; no solo porque son amigos míos, sino por la delicadeza y el buen gusto de sus trabajos.

—Es verdad.

—Con que es *icir* que hoy vamos de compras.

—Y tambien á ver al paso algun edificio, D.<sup>a</sup> Robustiana.

—Me alegro; con eso veré si encuentro algo que me guste para la chica.

—Vamos, María Antonia tiene ya su esposo que es quien debe hacerlo.

—Calle V., D. Cleto; mi hija siempre será mi hija, y aunque tenga marido no por eso dejaré de comprarle *too* aquello que me pase por la cabeza. Este D. Cleto, como siempre ha sido tan cazurro y tan coscon, y no ha querido casarse *en jamás*, no puede comprender que los hijos por mas casados que estén, siempre son hijos.

—Es cierto,—añadió D.<sup>a</sup> Engracia.

—Vaya, vaya, no hay que incomodarse por eso. Compre V. á María Antonia cuanto quiera, que harto sabe que cuanto la digo, es solamente...

—Por oirme; eso es verdad.

—Cuando Vds. gusten,—dijo D.<sup>a</sup> Engracia, que acabó de ponerse la mantilla.

—Vamos.

Una vez en la calle dijo Sacanell:

—Voy á llevarles á una de las fábricas de blondas mas antigua que existen en Barcelona.

—Yo creí que la de Margarit era la mas antigua y la mas acreditada,—repuso don Agustin.

—Nadie le disputa su mérito, y el nombre de Margarit será siempre muy respetable en la industria catalana, pero eso no quita para que haya otras fábricas muy respetables tambien y que han trabajado con muy buen éxito.

—¿De qué época data la fundacion de la fábrica de Fiter?—preguntó D. Antonio.

—No sé la fecha precisamente,—repuso Sacanell,—pero creo que es muy antigua.

—Yo se lo diré,—añadió Coll;—no hace mucho estuve por curiosidad ocupándome en ver las fechas de creacion de la mayoría de nuestros establecimientos industriales, y recuerdo perfectamente el de Fiter, hermanos. Es de 1844.

—A lo que parece viven todavia sus fundadores.

—No señor; los que llevan hoy la razon social son los hijos del fundador.

—¿Y cree V. que encontrará en esa fábrica lo que deseo; es decir, una cosa buena, rica y elegante?

—Puede V. pedir cuanto apetezca; blondas negras ó blancas, encajes Chantilly ó Bruselas, de seda; guipures de seda ó de hilo, y encajes de hilo encontrará V. donde elegir.

—La cuestion está en que los dibujos sean bonitos.

—Alta novedad en la mayoría. Los mismos fabricantes son los dibujantes, y tienen muy acreditado su buen gusto.

—Como se conoce que son amigos de V.,—dijo D. Antonio sonriéndose.

—No tal; son amigos míos, es cierto, pero donde están los hechos, estos hablan mas que la amistad. Prueba de la bondad de sus trabajos, que han sido premiados en varias exposiciones, lo mismo nacionales que extranjeras; y cuando en esos grandes cer-

támenes, donde acude á exhibirse lo mas notable de cada país, se obtienen medallas de primera clase, allí donde el favoritismo no reina, sino que es el mérito solamente el que se admira, prueba evidente de que la cosa lo merece.

—Siendo así...

—Aseguro á Vds. que los hermanos Fiter son conocidos y distinguidos en el extranjero, y que honran á su patria. Han trabajado y trabajan, y sus desvelos y sus afanes encuentran la verdadera recompensa en el favor del público y en las distinciones que han obtenido.

— ¡Cuán grato suena en los oídos de un buen español, el que un compatriota á fuerza de perseverancia y de trabajo, consiga ser admirado en el extranjero! y esto es tanto mas grande, cuanto que nuestra desdichada patria con sus convulsiones políticas, con su intranquilidad y sus trastornos, es una rémora constante para el desarrollo y el adelanto de la industria, y para premiar cual se merecen á esos modestos y laboriosos hijos del trabajo que tanto hacen por enaltecerla.

—Tiene V. razon, D. Cleto.

Hablando de este modo, nuestros amigos llegaron á la Plaza Real, n.º 1, donde los hermanos Fiter tienen establecida su fábrica de blondas.

Los elogios que Sacanell les habia tributado eran justos y merecidos.

D.<sup>a</sup> Engracia y D.<sup>a</sup> Robustiana encontraron cuanto podian apetecer, desde los mas ricos encajes y las blondas mas delicadas, hasta los mas modestos de hilo.

Los trabajos de la casa presentados en las exposiciones de Lóndres de 1851 y 1862, fueron premiados en ellas con la medalla de 1.<sup>a</sup> clase.

En las de Paris de 1865 y 1867, con la medalla de 1.<sup>a</sup> clase y con la de plata; con la de oro, por el Instituto industrial de Cataluña, en 1852; con medalla de plata con distincion, en la exposicion de Oporto en 1861, y con la de 1.<sup>a</sup> clase, en la exposicion catalana en 1871.

Como premio á los esfuerzos y al celo de los fabricantes, les fue concedida la cruz de Isabel la Católica, en 1850 y la de Carlos III, en 1860; la Academia nacional manufacturera y comercial de París, les dió el título de sócios, premiándoles en 1863 con la medalla de 1.<sup>a</sup> clase, lo mismo que la Sociedad universal de Lóndres habia hecho ya en 1856.

Los artículos elaborados en la fábrica que nos ocupa, no tan solo tienen una gran acogida en nuestra península, sino que en su mayoría se exportan para el extranjero y América.

La madre patria, desgarrada por las luchas intestinas que parecen haberse hecho endémicas en ella, no puede proteger cual debiera los productos del país; la moda caprichosa é inconsciente hace que muchas elegantes damas prefieran los productos extranjeros solamente porque son extranjeros, y los artículos de casa de Fiter como de otras muchas, van á buscar en ese mismo extranjero, mercados mucho mas inteligentes, desde los cuales, tal vez volverán á entrar en nuestro país llevando impreso ese sello de extranjerismo, que tanto seduce á gran parte de nuestra sociedad.

Á muchas consideraciones tristes y dolorosas se presta esto, mas de ellas hacemos

gracia á nuestros lectores, en primer lugar, porque seria como vulgarmente se dice machacar en hierro frio, y en segundo, porque tal vez nos desviáramos de nuestro propósito.

Prosiguiendo, pues, nuestra narracion respecto á la fábrica de los Sres. Fiter, hermanos, dirémos que las sederías empleadas en sus manufacturas son procedentes de la provincia de Valencia, teniendo ocupadas constantemente en la elaboracion de aquellas, gran número de mujeres en distintos pueblos de la provincia y en algunos de la de Gerona.

Precisamente al visitar aquella provincia, vimos que en varios pueblos de la costa la elaboracion de encajes y blondas, prestaban lucrativa ocupacion á multitud de mujeres, y muchas de estas, como hemos dicho, trabajan para la casa de que nos ocupamos.

Los fabricantes recibieron con extremada cortesanía á sus visitantes y compradoras, y si estas quedaron sumamente satisfechas con los artículos que compraron, no lo quedaron menos aquellos, por la amabilidad y deferencia con que fueron contestadas todas sus preguntas y lo propicios que se mostraron á darles cuantas noticias deseaban.

Una vez fuera de la fábrica la conversacion estuvo girando durante un largo espacio sobre lo que acababan de ver, é insensiblemente se fueron hácia la calle de Fernando.

—¿Dónde vamos? —dijo de repente Coll.

—Pues es verdad, — exclamó Azara; — no sabemos qué direccion llevamos.

—¿No dijimos que íbamos á caminar al azar?

—Ciertamente.

—Entonces prosigamos nuestro camino.

Y tomaron la calle de Fernando arriba.

Lógico era que mas de una vez, las señoras especialmente, se detuvieran ante los escaparates de la multitud de tiendas que existen en la calle indicada.

—Vea V., D.<sup>a</sup> Robustiana, — exclamó de repente D.<sup>a</sup> Engracia, fijándose en un escaparate. — ¿Qué le parece á V. ese sombrero?

—Yo no entiendo mucho de eso — repuso la esposa de Pascual, — y aun si he de hablarla con franqueza, no soy muy aficionada que digamos, á esos embelecocos que ahora han dado en llevar las señoras á la cabeza, pero como una hormiga no hace granero, *náa* importa mi opinion respecto á la de los demás. No me *paecen* feos esos sombreros.

— ¡Hola! — dijo Coll acercándose á las señoras; — ¿quieren Vds. algo de casa de mi amigo Morlius?

—Estábamos mirando estos sombreros que son muy lindos, los adornos especialmente son de mucho gusto.

—Eso quiere decir que estamos cerca de comprársele á la *Pilarica*, ¿no es verdad? — añadió D. Agustin.

—Creo que no le iria mal á la cara.

— ¡*Quía!* ni á mi María Antonia tampoco. Y si *usté* se decide por comprarle para su hija, yo encargaré otro igual para la mia.

—Vamos, nueva estacion para compras, — dijo D. Cleto con acento burlon.

—Sí señor, coscon de los diablos; por mas que V. rabie.

—Aquí tienen Vds. otro industrial que á fuerza de trabajo y perseverancia ha conseguido que su establecimiento se vea favorecido por lo mas escogido de la sociedad de Barcelona.

—Es el justo galardón que puede apetecer el trabajo.

—En casa de Morlius, — añadió Coll, — se encuentra no solamente la excelente calidad de los artículos de confeccion, sino el buen gusto que preside para esta y sobre todo, esa amabilidad, esa finura tan necesarias en establecimientos de esta clase.

—Eso me agrada mucho.

—Como que constituye una de las principales condiciones indispensables del comerciante. Lo mismo mi amigo Morlius que su esposa é hijas, estoy seguro, segurísimo, que han de dejarles complacidos.

No pecaban de exageradas las frases de Coll.

D.<sup>a</sup> Engracia y D.<sup>na</sup> Robustiana, seguidas de sus amigos, penetraron en la tienda de modas que en la calle de Fernando, n.º 37, posee D. Francisco Morlius, y desde luego les llamó la atención aquella amabilidad, aquel delicado trato de que Coll les hablara.

Mostraron á las señoras distintos sombreros confeccionados ya, con un gusto especial, exhibiéndoles al mismo tiempo todos los artículos que usaban, que son de lo mejor de nuestras fábricas y de las extranjeras.

Si satisfechos habian quedado de su visita á la fábrica de Fiter y hermano, no salieron menos complacidos de la hecha á la tienda de modas de Morlius.

—Pues, señor, — dijo D. Antonio á los dos catalanes apenas hubieron salido á la calle, despues de realizar sus compras las señoras; — pueden Vds. estar orgullosos con sus establecimientos industriales; si en todos reina esa finura y esa bondad en las manufacturas, aseguro á Vds. que son verdaderamente notables.

—En la mayoría encontrarán Vds. esto; sin embargo, no hay regla sin excepcion, y no queremos pecar de apasionados negando que existen excepciones, que no se hallan en el caso de las que Vds. han visto.

—En todos los ramos, en todos los géneros y en todas las clases de la sociedad encuentran Vds. eso.

—Sin embargo, las excepciones que sobre este particular encuentra V. en la industria catalana son bastante terribles.

—¡Hola! tú como estás herido...

—Es verdad, — repuso Coll; — cada vez que recuerdo eso no puedo menos de disgustarme. Figúrense Vds. que para formar esa estadística de fechas de que antes les hablé, tuve, como comprenderán, necesidad de visitar una porcion de fábricas en demanda de esos detalles.

—¿Y se los facilitaron?

—Muchas, sí señor, con una deferencia que no me cansaré de elogiar; pero en cambio, en otras muchas y no crean Vds. que de las mas insignificantes, me los negaron por completo.

—Y sin embargo, por lo que V. dice, trataba solamente de hacerles un favor.

—Así es, porque deseaba hacer una estadística completa de la industria que hubiera sido muy beneficiosa para los mismos fabricantes.

Conforme iban hablando, llegaron á la plaza de San Jaime, y una vez allí, dijo Azara :

—Pero ¿podrémos saber al fin dónde vamos?

—Vaya, ya que estamos aquí y que estas señoras han hecho sus compras, podemos aprovechar lo que resta de mañana, en visitar la iglesia del derruido monasterio de San Pedro de las Puellas.

—¿Está muy léjos?

—No está cerca, pero á la par verán Vds. uno de los barrios mas industriales de Barcelona.

—Pues en marcha, vayan Vds. guiando.

Bajo la direccion de Coll, nuestros amigos tomaron el camino que habia de conducirles hasta la calle Alta de San Pedro.

Como quiera que en el camino que iban recorriendo se encuentra la iglesia de San Francisco de Paula, convento en otro tiempo de religiosos mínimos, dijo Sacanell :

—Si á Vds. les parece nos detendrémos algunos momentos en esta iglesia.

Y con el asentimiento de ellos penetraron en el mencionado templo.

## X.

### San Francisco de Paula.

Fundada la Orden regular de los Mínimos por san Francisco de Paula, introdujose en Barcelona en el año de 1570.

La primera habitacion que tuvieron los religiosos, fué una pequeña ermita en el término de San Beltran, al pié de Monjuich, hácia la orilla del mar, junto á las canteras, trasladándose despues á lo que es ahora paseo de la Rambla, bien que ignoramos á que punto, y mas tarde se establecieron, por concesion del cuerpo municipal, en una capilla situada fuera de la Puerta Nueva, cerca de un lugar conocido entonces bajo el nombre de *Creu trencada*, y despues *Cruz de san Francisco*, que, segun la tradicion, correspondia al sitio en que estuvo el Fuerte Pio.

En la tarde del 22 de marzo de 1578, segun una obra que tenemos á la vista, fue acompañado á dicha capilla el Santísimo Sacramento con procesion á la cual concurrieron D. Juan Dimas Loris, obispo de la diócesis, el Cabildo, los Concelleres, las reliquias de las órdenes regulares, la comunidad de presbíteros de San Justo y San Pastor, la cofradía de la Purísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y otras muchas personas respetables.

Esta nueva morada sin duda fue insuficiente para las necesidades de la Religion, pues aprovechándose de la liberalidad de cierto comerciante llamado Pedro Frias, los

Mínimos tomaron posesion en 1584, de unas casas que aquel les cediera en la calle *Alta de San Pedro*, suponiéndose tambien que el propio devoto mandó construir á sus expensas el vasto edificio actual, á donde pasaron los religiosos en 1589.

Segun la mencionada obra que nos va siguiendo de guia en el pasado de muchos de estos edificios y cuyos son algunos párrafos que copiamos, púsose la primera piedra de la obra de la iglesia el 16 de marzo de 1597, y aunque el exámen arquitectónico de esta parece indicar que fue fabricada en dos distintos períodos, ó mejor que se levantó una parte para ensanche de la otra, consta que á 27 de julio de 1608 la bendijo y celebró en ella de pontifical el obispo de Barcelona D. Rafael de Roviola, á cuya lucida funcion asistieron el Cabildo de la Catedral, los Concelleres y el Virey de Cataluña, D. Pedro Manrique, obispo de Tortosa.

«El santuario es de una nave cuyo pié consta de cinco bóvedas vaídas, cuatro de las cuales tienen por formeros otros tantos arcos apuntados, pertenecientes sin duda á la primera construccion del templo; la otra bóveda, inmediata al crucero, cási puede asegurarse que fue levantada al tiempo del mentado ensanche que en tal caso consistió en la añadidura de dicho crucero y de la parte correspondiente al presbiterio.

«Pobre y fria es la decoracion de las pilastras de los dos lados de la nave; y lo propio debe decirse de la cúpula esférica que se eleva sobre la interseccion de los brazos de la cruz que traza la planta del templo.

«La fachada principal no parece serlo de una iglesia; por manera que, sin el campanario que se asienta sobre uno de sus ángulos, cuya base rectangular poco comun en ésta parte esencial de los templos cristianos llama la atencion de los inteligentes, difícil seria conocer por el frente que en el edificio se rinde culto al Supremo Autor de lo criado.

«Esbuelto y airoso es el claustro, con columnas dóricas de arenisco del país en el piso bajo, y jónicas en doble número en el alto. Súbese á este por una ancha escalera de mármol blanco con vetas azules.

«Ninguna novedad se advierte en la distribucion de las columnas y arcos de los lados de este claustro comparado con otras obras de igual clase; pero su aspecto es bastante característico, y por lo tanto perfectamente adecuado al uso de esta parte del convento.

«Adornaban antes el piso bajo unos cuadros grandes que representaban los hechos mas insignes de san Francisco de Paula, debidos á los pinceles de Francisco Cuquet y Francisco Gasen. Al extinguirse las Órdenes regulares, estas pinturas pasaron al museo de la Casa Lonja.

«El santo titular de esta iglesia es uno de los patronos de Barcelona. Mas de una vez en medio de la consternacion general al verse la ciudad afligida de la peste, levantó á él sus llorosos ojos suplicándole que intercediese con el Altísimo para que le librara de la mortífera dolencia; y mas de una vez pudo complacerse en ver colmada su religiosa esperanza.

«Entre otras en 16 de marzo de 1551, castigada la poblacion por tan terrible calamidad, el sábio Concejo de ciento deliberó invocar por protector al Santo, é hizo el so-

lemne voto de celebrar todos los años el día de su fiesta pasando procesionalmente al templo.»

Este sirve ahora de parroquia y en lo que fue convento se halla establecida la magnífica fábrica de tejidos de D. Juan Achon, de la cual nos ocuparemos detenidamente.

—Tampoco tiene mucho que ver esta iglesia,— dijo Azara, apenas salieron del templo.

—Ya lo dije antes, si nos hemos detenido en él ha sido por la proximidad al verdadero objetivo de nuestra expedición.

—¿Nos falta mucho para llegar? preguntó D.<sup>a</sup> Robustiana.

—No señora, al final de la calle.

—Lo deseo, porque francamente el rato que uno está dentro de la iglesia se está fresco.

—Pues no pase V. temor que pronto llegaremos á ese oasis tan apetecido.

Efectivamente no transcurrió mucho tiempo sin que nuestros viajeros se encontrasen ante la iglesia de San Pedro y las ruinas del monasterio, pues á tal extremo ha quedado reducido este.

## XI.

### San Pedro de las Puellas.

Como quiera que el antiguo monasterio ha desaparecido y que su historia hecha por nosotros no podría ser mas que una reproduccion de la que con mejores datos y noticias, escribió hace algunos años un tan erudito como discreto escritor catalan, tanto por esto, cuanto por las bellezas en detalles, que nosotros no habríamos podido adquirir, no vacilamos en sustituir nuestro trabajo lo mismo en este templo que en algunos otros que han desaparecido ya, con el del ilustrado Sr. Pi y Arimon que es el escritor á quien antes aludimos:

«Habiendo entrado Ludovico Pio en Barcelona á los primeros albores del siglo IX, quiso señalar con duraderos actos de religiosidad su estancia en ella, cuyo recuerdo debía de llevar consigo en la historia el de los gloriosos hechos de armas que tan temido le hicieron de los ejércitos mahometanos, y cambiaron saludablemente la faz política de Cataluña.

Es de ahí que además de las mercedes que dispensara á varios templos de esta capital, abrió los cimientos de otros dos extramuros, hácia el norte de la poblacion, añadiendo la fama de fundador al claro renombre que le habian granjeado sus conquistas.

Mandó, pues, erigir una capilla ó iglesia pequeña en honor de *san Saturnino*, obispo de Tolosa, sobre una leve eminencia que se levantaba en la llanura donde habia acampado su ejército al poner cerco á Barcelona ocupada por los árabes.

Aseguróse que lo hizo en conmemoracion de que, durante este período, sus tropas construyeron en el altozano una especie de fortaleza ó reducto; con el principal objeto

de cubrir la retirada del ejército sitiador, si en algun ataque se veia por desgracia obligado á volver repentinamente las espaldas al enemigo.

Cási al mismo tiempo fundó un monasterio de monjas de la Orden de san Benito, intitulándolo de *San Pedro de las Puellas*, en el sitio que ocupa el actual, inmediato á la precedente iglesia, y dotándole con mucho terreno al rededor, y en particular con el comprendido en la espaciosa llanura que desde aquel edificio se extendia hasta la entonces *Puerta del Mar*, que se hallaba en el sitio por donde pasa ahora la bajada de la *Cárcel*.

Así opinan la generalidad de los autores, y entre ellos el cronista Pujades; no obstante, D. Próspero de Bofarull y Mascaró piensa de diverso modo y señala una época muy posterior á la ereccion del referido monasterio.

Oigámosle: «No negarémos, sin embargo, que en el pequeño cerro, extramuros entonces, y en el dia dentro de los de Barcelona, mandase construir Ludovico Pio una reducida iglesia durante el sitio de la ciudad, en que sus tropas pudiesen oir los divinos oficios; y que realmente diese á este templo la advocacion de san Saturnino, que conviene perfectamente con lo que insinúa la posterior consagracion de San Pedro de las Puellas, hecha en tiempo del conde Suniario, pero accéder á que hubiese allí casa religiosa bajo la regla de san Benito, antes del gobierno de este Conde, nos lo impide la misma acta de consagracion hecha en su tiempo por el obispo Wilarono (1).

«En efecto, resulta de ello que el dia 16 de las calendas de julio de la era 983 y año de la Encarnacion 945, noveno del rey Luis, hijo de Carlos, en la tercera indiccion, el referido Obispo con gran regocijo, fiesta y solemnidad, y con asistencia de nuestros Condes y de muchos magnates eclesiásticos y seglares barceloneses, consagró aquel templo, que aun existe bajo la misma advocacion de san Pedro: *providens mempe licet* (dice la acta) *princeps eximius Suniarius Comes atque Marquio ejus uxoreque Richildis Comitissa, una cum Adalaude Abbatisa, precantes petierunt venerabilem præsulem Wilaronem ut ecclesiam quæ sita est in pago Barchinonense paulo longe à muro civitatis, in honorem Beati Petri Clavigerii Etherei fundata, quem præfatus Comes cum prelibata uxore, transacto jam petierant humiliter prædicto pontifice ut monasterium Puellarum sub regula Beati Benedicti perpetim constituerant, sicut juvante Deo permanet, y mas abajo, despues de varias donaciones que el conde y la condesa Richildis et ejus prolis Borrellus inclitus comes hacen á Dios y al naciente monasterio para remedio del alma de su hijo Ermengaud, concluye el prelado con estas palabras: id vero à nobis monendum est atque sub eo modo decrevimus scripta superius, ut tam iste presentes quam allie succedentes, regulariter ibidem vitam degant monitionem Beati Benedicti obediant, proficereque studeant. Tali vero modo quod supra taxatum est consecro hanc ecclesiam in anno, etc. ¿Cómo, pues, algunos y muy respetables escritores que suponen haber leído esta acta, han podido atribuir la fundacion de este célebre monasterio de las Puellas á Ludovico Pio, y defraudarla al conde Suniario? (2).»*

(1) Archivo del Monasterio, *Libre de Privilegis*, etc., fol. 1.º

(2) *Los Condes de Barcelona vindicados*, por D. Próspero de Bofarull y Mascaró, tomo 1.º, páginas 133 y 134.

Que la iglesia de San Saturnino y el monasterio de San Pedro de las Puellas eran dos edificios diversos, á pesar de que algunos los confunden, ó afirman que el segundo no fue sino una ampliacion del primero, lo persuade bien cierto documento auténtico, el cual arguye que en el año de 1075 entrambas fundaciones existian por separado. Es el testamento sacramental de Adalardis, abadesa de San Pedro, escrito por sus albaceas ó limosneros, y custodiado en el archivo de la santa iglesia, una de cuyas cláusulas dice:

*In altari Sancti Saturnini martyris, cujus ecclesia sita est in termino Barcinonæ proprie ecclesiam Sancti Petri, cænobio Puellarum.* Las dos iglesias estaban cercanas pero no juntas, claramente lo expresa el instrumento; además la de San Saturnino era parroquial, la otra pertenecía á un monasterio; y aunque está averiguado que se unieron despues, y se ignora cuando fue derruida la primera, ello no ofrece duda que esta, en el citado año de 1075, conservaba todavía su calidad particular é independiente.

¿Por qué el monasterio se llamó de San Pedro de las Puellas? Curioso será investigar el origen de esta denominacion toda vez que ha llegado inalterada entre nosotros.

En un códice que se guardaba en el convento de San Francisco de Asis de esta ciudad que contenia la fundacion de todos los de su Orden, de ambos sexos del Principado, leimos que, durante la dominacion árabe, los gobernadores habian establecido en el sitio del actual monasterio un depósito de doncellas, donde las criaban para trasladarlas luego al harem, sito en el punto en que vemos ahora el monasterio de San Pablo del Campo.

Mencionamos esto como dato histórico extraido de un antiguo manuscrito sobre el cual no han hablado nuestros autores; no porque de la correspondencia latina de la voz doncella, por las que brutalmente allí se encarcelaban acaso, pretendamos inferir el nombre del monasterio; pues es mucho mas natural, honrosa y pia la explicacion que da Pujades acerca de este asunto.

Solia Ludovico llamar así á los conventos que edificaba para encerramiento de las vírgenes, como parece de lo que escribieron Aymonio y Baronio en el año 807; quienes tratando de muchos monasterios fundados por el franco, y de otros que él mismo reparó en Aquitania y Septimania, hacen particular mencion de dos que tuvieron estos nombres: *Monasterium Puellare Sanctæ Mariæ*, y *Monasterium Puellare Sanctæ Redagundis*.

Decir que no sucede lo propio con el nuestro, pues no se llamó *Monasterium Puellare Sancti Petri*, sino *Monasterium Sancti Petri Puellarum*, y rechazar por esto la paridad, entendemos que tendria mas de sutil que de conveniente, mas de especioso que de sólido. Ahora bien; aunque se rechace la opinion de que Ludovico Pio fue el fundador de este edificio sagrado, es tan notoria la analogía que media entre su denominacion y la de los antedichos monasterios, que no podemos menos de reconocer en la de todos igual motivo, esto es, la clausura de las religiosas doncellas.

Fatales fueron para el monasterio de San Pedro de las Puellas los ataques que ha sufrido Barcelona durante las guerras que en la sucesion de los siglos han conturbado la provincia catalana.

En la total asolacion de esta ciudad, al apoderarse de ella los árabes en 986, cuenta la tradicion, que temiendo, no sin motivo, las cándidas vírgenes del claustro que la desbandada soldadesca no respetaria su venerable hábito, antes seria asaz osada para mancillar su pureza, resolvieron con ánimo mas varonil que propio de la pusilanimidad de su débil sexo, desfigurar sus rostros cortándose las narices, á fin de inspirar el horror consiguiente á una tal mutilacion.

Alcanzaron su propósito, pero fue tan violenta la ira que se apoderó de los infieles, que las pasaron todas á cuchillo, excepto algunas pocas, y la abadesa Matruy ó Matruyna, que fueron arrastradas cautivas á Mallorca. Dicen que esta señora pudo recobrar luego la libertad con la piadosa cooperacion de un hombre rico, principal y algo deudo suyo.



Interior de la iglesia de San Pedro de las Puellas.

Demás de aquel rasgo de atroz barbarie, profanaron é incendiaron el templo.

Empero Borrell I recobró luego á Barcelona, y dedicándose con especial solicitud á reparar los daños padecidos, mandó reedificar el monasterio que fue consagrado por el obispo Vives ó Vivano. El conde lo dotó generosamente; su hermana, no hija como creyó Pujades, Adaleiz ó Adaleziba, hija de Suñer y Richildis, y conocida tambien por Bonafilla, quizás honroso cògnombre, vino á ejercer el cargo de abadesa, y se encerraron en este sagrado recinto varias hijas de la nobleza, entre otras Argudamia, Gistela, Ermelde y Ermetruite.

Borrada ya en 1147 la memoria de la primera consagracion de la iglesia, verificóse de nuevo la religiosa ceremonia á 3 de enero, por Guillermo, arzobispo de Tarragona y obispo de Barcelona, y por el obispo de Vich.

Durante el sitio que en 1697 pusieron á Barcelona los franceses, el monasterio de San Pedro, por hallarse tan próximo á la muralla, en el punto donde aquellos abrieron una ancha brecha, fue casi completamente destruido. Pudo sin embargo repararse, y desde entonces cabe decir que no ha sufrido otro deterioro considerable.

La fábrica de este templo es harto extraña y pesada. Se ha dicho que cuando otra prueba no hubiese de su antigüedad, bastante la asegurarían ciertamente las cuatro columnas que se ven en el punto de interseccion de las dos naves; y que al considerar el sello de barbarie que llevan marcado en sus labores, casi se siente uno tentado á confesar que deben de ser anteriores al templo y tal vez contemporáneas del de Ludovico Pio.

Al entrar en el santuario, á mano derecha, á algunos palmos del suelo, obsérvase un bello sepulcro gótico, gracioso en su plan y detalles, con una hermosa estatua echada que tiene á las plantas un perro y en la mano un báculo, y dos figuritas que representan monjas rezando con singular recogimiento.

Yace en él la reverenda Sra. D.<sup>a</sup> Leonor de Belvehi, que falleció á 22 de agosto de 1452. Así lo declara el epitafio:

Assi jau la reverend senyora Alianor de Belvehi, bedese de  
aquest monestir, que mori á XXII d' agosti lany MCCCCLII.

El claustro es de un carácter bárbaro, con toscas labores en los capiteles de las columnas, y figuras de informes animales y hojas raras y desconocidas.

Las ojivas modernas del segundo alto parecen aun mas esbeltas comparadas con la obra inferior.

Tanto el claustro como el resto del convento sirven ahora de Presidio Peninsular (1). ¡Extrañas transformaciones las que en nuestros dias vienen á experimentar los edificios!

Infinitas son las gracias que los sumos Pontífices, los Condes de Barcelona y los Reyes de Aragon y Castilla dispensaron al monasterio de San Pedro de las Puellas.

El papa Alejandro II en las nonas de marzo de 1072 lo puso bajo la proteccion y defensa de la Santa Sede Apostólica, prohibiendo so pena de severa censura que ninguna potestad eclesiástica ni seglar lo invadiese ni despojase por cualquiera decision que fuere.

Permitió además que pudiesen abrirse sepulturas en el templo y se hiciesen las oblaciones que bien pareciesen; en lo cual algunos quieren descubrir indicios ciertos de que en aquella época era iglesia parroquial.

Por lo que á nosotros atañe, no nos aventuraremos á fijar la fecha en que comenzó á gozar de semejante calidad, limitándonos á declarar que respecto de los tiempos posteriores, sobran las pruebas de que San Pedro de las Puellas tenia la doble consideracion de real monasterio y de parroquia.

(1) En el momento que nosotros publicamos nuestra obra el presidio ha desaparecido de aquel sitio, trasladándose á Cervera.

D. Alfonso II se distinguió tambien por las mercedes otorgadas á este convento: en 17 de octubre de 1183 aprobó y confirmó los privilegios concedidos por sus antecesores; en 9 de abril de 1185 dió á la Abadesa el de poder construir cuantos hornos tuviere á bien en las tierras de dentro y de fuera de la ciudad; y en 6 de abril de 1189 agració á la misma con otras prerogativas, exonerando de todo tributo á sus posesiones del Llobregat.

En 1247 la Santa Sede cometió la bendicion de la abadesa al arzobispo de Tarragona, lo que arguye de nuevo su inmediata dependencia de la cabeza de la Iglesia católica.



Restos del Claustro del Monasterio de San Pedro de las Puellas.

Desde el año 1330 el monasterio estuvo agregado á la congregacion benedictina claustral tarraconense; de suerte que por medio de sus síndicos concurría á los capítulos generales, y los presidentes de dicha congregacion presidian las elecciones de abadesa, y ejercian las demás funciones propias.

D. Pedro IV otorgó en 12 de mayo de 1342 á la Abadesa el privilegio de que pudiese sacar y desterrar del distrito de la parroquia á las mujeres de mala vida; por manera que en 6 de junio del propio año se puso ya en ejecucion aquel despacho. El mismo monarca declaró el monasterio patronato suyo y de sus sucesores.

En 8 de julio de 1401 se hizo una concordia, por la que el obispo de Barcelona habia de reconocer al monasterio como inmediatamente sujeto á la Silla apostólica; y que, sin señal de sujecion, las Abadesas serian bendecidas por el indicado obispo ó por el personaje que comisionase la Santa Sede.

D. Alfonso IV dispuso en 3 de octubre de 1442 que dentro de la clausura hubiese una pieza proporcionada para archivo, donde se custodiaran los autos, eserituras y otros documentos que ya en aquel período eran numerosos y harto interesantes.

La comunidad de la parroquia de San Pedro se componia de dos curas llamados *hebdomadarios*, seis racioneros y mas de veinte beneficiados.

La Abadesa era patrona de las domas y raciones y de muchos beneficios; hacia por sí misma las colaciones; era ordinaria en la iglesia; tenia jurisdiccion sobre los curas y beneficiados, excepto en lo tocante á la cura de las almas, y al conocimiento de las causas criminales, lo que solo pertenecia al obispo de la diócesis: recibia de todos canónica obediencia; visitaba el templo; é imponia penas á sus dependientes, si faltaban acaso á su deber.

Era elegida por las monjas y perpétua. Participada la eleccion al Papa, este despachaba las bulas de aprobacion, encargando á algun prelado que la bendijese; cuyo solemne acto tenia lugar en el coro de la iglesia.

Usaba el báculo pastoral y estola echada al hombro izquierdo, como los diáconos.

En la pila bautismal de esta parroquia fue bautizado á 23 de noviembre de 1650 el taumaturgo barcelonés Beato José Oriol.

En 26 de julio de 1833, con motivo de los sucesos ocurridos en Barcelona el dia anterior, las religiosas de San Pedro de las Puellas hubieron de dejar su monasterio.»

Triste suerte le ha cabido al antiquísimo y notable monasterio que acabamos de visitar.

Transformado en presidio primeramente, ha desaparecido por completo despues, para dar lugar á una calle y á la construccion de varias casas particulares, no conservándose de él mas que algunos restos.

—Lástima seria — dijo Azara á sus compañeros, — al abandonar la iglesia de San Pedro que desaparecieran estos restos tan respetables del arte gótico.

—A punto han estado como ya les he dicho, — repuso Sacanell; — y únicamente merced á los esfuerzos de sábias corporaciones ha podido contenerse el demoleedor impulso, que parece haberse apoderado de nuestra época.

—Varias veces en el decurso de nuestro viaje — añadió D. Cleto, — nos hemos ocupado de multitud de monumentos que han desaparecido por efecto de la barbarie ó de la especulacion, ó del abandono, y muchas tambien me han oido Vds. emitir mi opinion respecto á los medios para haberles conservado; con muy poco coste pudieran haberse transformado muchos de estos edificios en bibliotecas ó museos ó á otra clase de establecimientos que permitiera su sostenimiento, ó bien la traslacion de los mejores restos cuando por la cuestion de mejoras urbanas se hiciera completamente necesaria su desaparicion.

—Las sociedades para la conservacion de monumentos han hecho mucho en pro de algunos edificios escapados á las escenas de devastacion anteriores.

—Desde luego, pero sus laudables esfuerzos se han estrellado muchas veces ante encontrados intereses ó ante la carencia de recursos, pues las asignaciones de que disfrutan son exiguas para la mision que tienen que desempeñar.

Hablando de este modo nuestros viajeros iban ganando otra vez las respectivas casas en que habitaban, terminando con la visita que hemos mencionado su expedicion de aquel dia.

XII.

Una visita á las fábricas de D. Juan Achon y de los señores Monteys y compañía.

—Pues, señores, — decia D. Agustin á sus compañeros al dia siguiente; — hoy tenemos que ocuparnos en servir á los amigos.

—Comprendo, — repuso Sacanell; — eso quiere decir que desea cumplir alguno de los encargos que ayer le hacian.

—Justamente; puesto que tambien hemos de visitar los establecimientos industriales, podemos de una pedrada matar dos pájaros.

—Entonces tambien aprovecharé yo la ocasion para ver á los Sres. Monteys y Compañía, para quienes me envia una carta uno de mis amigos de Jerez, — dijo D. Antonio.

—¿Y cuál es la fábrica que ha de ver V.? — preguntó Coll á D. Agustin.

—Espere V. que ahora lo sabré.

Y sacando del bolsillo algunos papeles, añadió despues de ojearlos :

—La fábrica de D. Juan Achon.

—¡ Hombre! precisamente están muy cerca un establecimiento de otro.

—Mejor que mejor.

—En casa de Monteys no podrémos ver mas que el depósito de géneros, porque la fábrica la tienen fuera de Barcelona, pero en casa de Achon, ya es distinto.

—¿No es esa la fábrica que está en uno de los conventos, cuyas iglesias visitamos ayer?

—Sí, señor; en el de San Francisco.

—Pues, cuando Vds. gusten...

—Al momento.

Poco tardaron D. Cleto, D. Antonio y los dos Azaras, en hallarse en disposicion de seguir á sus amigos.

D.<sup>a</sup> Engracia no pudo ser de la expedicion, por hallarse ligeramente indispueta, y

D.<sup>a</sup> Robustiana hubo de quedarse en casa haciéndola compañía.

En cambio Pascual se les unió y todos juntos emprendieron la marcha hácia la calle Alta de san Pedro, punto donde radican los dos establecimientos que iban á visitar.

—Pues, señor, — decia D. Agustin á sus amigos; — es verdaderamente admirable el grado á que ha llegado la industria en Cataluña.

—Mucho mejor podia estar, — contestó Coll; — si los períodos de paz hubiesen sido mas largos y si los Gobiernos llegasen á comprender que un país es tanto mas rico, cuanta mayor industria posea, y que el medio de conseguir esto, es fomentarla y darle toda la proteccion necesaria para su mayor desarrollo.

—Pues yo tenia entendido que se la habia protegido mucho.

—Esto se dice fuera de aquí; algo, es verdad que se ha hecho, en algunos ramos, pero no es bastante. La escuela libre-cambista, dice que por medio de la competencia,

ó lo que es lo mismo, dejando que entren del extranjero todos los géneros, sin traba de ninguna especie, mejorarían nuestros productos, y este es un error á mi juicio.

—También participo de su opinion, — añadió D. Cleto; — y participo de ella aun siendo algo partidario del libre cambio, porque si nuestros géneros estuvieran en condiciones de competir con los extranjeros, no teníamos caso; pero como que empezando por las comunicaciones y todo cuanto se roza con el desenvolvimiento del trabajo, está en un estado tan lamentable y concluyendo por la mayoría de los artículos necesarios para la confeccion, que los hemos de traer de fuera, porque en el país, aun cuando existen, no se hallan en las mismas condiciones de baratura que los que llegan de otros puntos, nuestras manufacturas han de ser por fuerza mas caras que aquellas que han podido desarrollarse á la sombra de un criterio proteccionista, hasta su completo desarrollo, y apoyadas por administraciones que han procurado que sus productos entrasen en todos los países; y por lo tanto si no estuviesen cargadas con protectores derechos, en vez de beneficiar la industria nacional con esa competencia, la arruinarían.

—Cierto, y lo que el Gobierno debia hacer en mi opinion, — dijo D. Agustin, — es fomentar por cuantos medios estuviesen á su alcance la industria nacional que pide sus productos á la agricultura del pais y protegiendo á esta al mismo tiempo, ambas quedarían perfectamente defendidas.

—Pues por el contrario, ve V. una porcion de productos químicos que entran del extranjero casi de balde, mejorando las condiciones de aquellos obreros, en perjuicio de los intereses de nuestro pais.

—Pero hombre, ¿cómo es eso?

—¿Qué le diré á V.? Esa es la verdad.

—¿Y no han reclamado las provincias productoras de España?

—Mucho. Aquí tiene V. *El Instituto industrial* que ha trabajado extraordinariamente, que ha hecho demostraciones importantes al Gobierno, y que á pesar de lo que ha conseguido, no ha podido llevar á cabo su pensamiento. Cada concesion que ha obtenido ha sido un verdadero triunfo. Posteriormente, otra asociacion, *El Fomento de la Produccion Nacional* ha querido trabajar y trabaja en pro de las clases productoras de España, pero tropieza á cada paso con obstáculos insuperables, y se necesita una constancia á toda prueba y una abnegacion sin límites, para proseguir esa lucha.

—Apenas puede concebirse que así se desatiendan las justas reclamaciones de las clases que son el nervio vital del Estado.

—Diré á V., amigo Azara: no toda la culpa quiero echársela á los Gobiernos; no quiero, no puedo creerles que desatiendan por desatender las reclamaciones que se les hacen, pero ¿cree V. que en el sistema político de nuestro país, siendo tan efimera la existencia de nuestros poderes públicos, teniendo que estar constantemente ocupados con el acontecimiento político de hoy y recelando del que pueda sobrevenir mañana, temiendo caer cuando apenas han subido, y entre la vertiginosa agitacion que reina siempre en las esferas gubernamentales, cree V. posible, repito, que puedan prestar su atencion á las necesidades y á las justas exigencias de la industria?

—Es verdad.

—Muy dolorosa por cierto, pero no deja de serlo. La industria en un país, para desarrollarse y prosperar, necesita una dilatada era de paz; en este caso, como que los Gobiernos son mas estables, pueden mas fácilmente atender y cuidarse de esos venenos de la pública riqueza, escuchar atentamente lo que se les dice, pesar las ventajas ó desventajas de una ó varias disposiciones, y modificarlas ó anularlas, segun las juzguen perjudiciales.

—Así es, amigo D. Antonio.

Conforme iban hablando nuestros viajeros fueron acortando la distancia que les separaba del objetivo de su viaje.

Una vez en la calle Alta de san Pedro, dijo Coll:

—Vamos, Sr. D. Antonio, ya podemos dar cima á su encargo de V.

—Pues qué ¿hemos llegado ya?

—Estamos á la puerta de la casa de los Sres. Monteys, y cuando Vds. quieran...

—Pues entremos.

Un instante despues nuestros amigos hallábanse en el despacho de aquellos fabricantes, que recibieron con una amabilidad extraordinaria á los recién llegados.

Coll y Sacanell explicaron los dos objetos que á aquella casa les conducian.

Inmediatamente dieron satisfaccion á la carta de que era portador D. Antonio, procediendo despues á mostrar á los viajeros los géneros fabricados en su establecimiento, dándoles al mismo tiempo, con tanta amabilidad como buen deseo, cuantas noticias les pidieron aquellos al objeto de ilustrarse.

—El nombre de Monteys, — decia Coll á sus amigos, — es no solamente muy antiguo en la industria catalana, sino muy respetado tambien. Precisamente la fábrica del abuelo de los actuales propietarios, fue de las visitadas por Fernando VII cuando estuvo en Barcelona.

—No iria muy adelantada la industria entonces,—dijo Azara.

—Naturalmente; los períodos porque habia atravesado el principado catalan, fueron aniquilando aquella industria tan poderosa y floreciente en pasados siglos, siendo necesarias mucha abnegacion y mucha constancia, para comenar y proseguir trabajos, que habian de luchar con infinitas desventajas.

—Y Fernando VII ¿hizo algo, siquiera, en pro de la industria? ¿Fue beneficosa para esta aquella visita?

—Ya lo creo; data de entonces su verdadero adelanto. El rey dió orden, y protegió el primer establecimiento que se puso en grande escala, y con el estímulo y el afan, y algunas buenas disposiciones protectoras, fue remontándose otra vez. La guerra de los siete años volvió á dar un golpe terrible á la naciente industria, mas como que el impulso ya estaba dado, era difícil que se tornase á extinguir.

—Para que puedan Vds. formarse una idea de cuales serian las condiciones en que se trabajaria entonces,—dijo uno de los propietarios,—que lo mismo el establecimiento de mi abuelo, que los pocos que existian, se encontraban en pisos particulares. Toda la maquinaria moderna era desconocida, y por lo tanto, todos los adelantos que hoy han simplificado en tan alto grado ciertas operaciones.

—¡Lástima que un ramo tan importante de la riqueza nacional, no se haya protegido cual debiera!

—¿Qué quiere V. hacerle? En Madrid, suelen nuestras quejas no ser escuchadas, ni atendidas nuestras reclamaciones. En vez de facilitar los medios para desarrollar la industria, pónensele nuevas trabas; y con la inmensidad de impuestos que nos abruma, y con otra porción de obstáculos, que sería muy prolijo enumerarles, hacen que la situación del fabricante, sea en momentos dados, muy poco agradable.

—Y vea V. lo que son las cosas,—dijo D. Antonio;—generalmente en las demás provincias, especialmente en las que mas retiradas se encuentran de Cataluña, suele juzgarse de otra manera. Se cree que aquí reina un sistema protector, que redundaría en perjuicio de la generalidad, por favorecer únicamente una localidad determinada.

—Ese es un error; aun cuando esa protección existiera de esa manera tan absoluta, el beneficio sería para toda la nación en general: porque ¿quién podrá negarme, que cuanto mas dinero quede en España mas beneficios puede producirle?

—Eso es natural.

—Sean una verdad los derechos protectores; facilitense los medios de comunicación por el interior, que son tan necesarios; protéjense todas esas industrias accesorias indispensables para la fabricación y todo ese capital que sin cesar está marchando al extranjero habría indispensablemente de quedarse en el país, acrecentando sus fuerzas, y por ese medio, no la comarca de Cataluña solamente, sino todas las demás en las que, según sus particulares condiciones, pudieran arraigarse muchas de esas poderosas industrias de que antes hablaba, y que en otros tiempos tuvieron ya, se lucrarían con ese dinero que hoy va fuera de la nación; porque, desengáñense Vds., el duro que se queda en el país va recorriendo cien manos y en todas ellas deja una utilidad; pero el que sale fuera de España, ese, señores míos, ya no vuelve mas.

—Cierto, muy cierto;—exclamaron á la vez nuestros amigos.

—Yo, en estos momentos,—prosiguió Coll,—no soy catalán, soy español solamente, y me duele el que todas las demás provincias de España, no puedan tomar su parte también en este trabajo, que yo llamaría trabajo nacional; en nuestro suelo, señores, se encierra cuanto podemos necesitar, sin tener que mendigar nada á los extranjeros, lo único que nos falta, son los capitales, que por nuestras fronteras se van al extranjero.

—Tiene V. razón.

—Pues, señor; chico, veo que eres un proteccionista acérrimo,—dijo Sacanell sonriéndose.

—¿Y acaso esas naciones, que tan libre-cambistas se nos presentan, no han usado la protección hasta el momento en que han comprendido que la competencia no podía serles perjudicial? ¿no siguen en el día haciéndolo, respecto á aquellos productos en que no pueden competir? pues ¿cómo no he de serlo yo, que veo las malas condiciones en que estamos, no por nosotros precisamente, que hartos hemos trabajado, sino por quien debiera haber velado por los intereses generales. Yo aceptaré el libre cambio, sí, señores, pero será después que hayamos disfrutado de un larguísimo período de paz, des-

pues que hayamos hecho mas administracion que politica, y cuando estemos, finalmente, en condiciones para no temer la competencia.

Fácilmente se comprende, que las teorías de Coll serian perfectamente escuchadas por nuestros viajeros, que habian tenido ocasion de conocer en las provincias que acababan de visitar, todo el partido que de ellas pudiera sacarse, y que yacian en un estado de abatimiento, del cual se habian lamentado distintas veces.

D. Cleto, con su buen criterio, fueles, durante el viaje, haciéndoles comprender que todas las provincias españolas podian ser productoras, si fueran atendidas como merecia; mas como que esto faltaba, eran en su mayor parte consumidoras, lo cual producia un extraordinario desequilibrio en la riqueza general de la nacion.

Separados algun tanto del objeto de su visita, por las observaciones anteriores, tornaron á él, fijándose en los trabajos de la casa Monteys y Compañía, admirando la especialidad que fabrican dichos señores, conocida en la industria de estampados con el nombre de *Andrinópolis*.

Antiguo es el apellido Monteys, como habia dicho Coll perfectamente, en la industria catalana; y desde el abuelo de los actuales propietarios hasta estos, todos sus afanes, todos sus esfuerzos, han tendido única y exclusivamente á mejorar las condiciones de sus manufacturas.

Su fábrica de hilados y tejidos, establecida en Castellgalí, lo mismo que la de estampados que se halla en Sans, cuentan con todos los elementos que los adelantos modernos ha introducido para la economía y bondad de los artículos elaborados.

Los *Ruanes* fabricados por dichos Señores, reunen condiciones sumamente ventajosas, y en general todos los géneros que constituyen su industria, en la buena acogida que tienen en el mercado encuentran su merecida recompensa.

Varias veces han acudido á exhibirse en esos certámenes del trabajo y de la inteligencia, y en las Exposiciones de Madrid, Zaragoza y Barcelona, han obtenido el justo premio que de derecho les correspondia.

Uno de los socios de la casa, que lleva el apellido de su fundador, con un celo y actividad superior á todo elogio, periódicamente hace largos viajes al extranjero al objeto de estudiar cuantos adelantos y cuantas mejoras aparecen en aquellos grandes centros manufactureros para aplicarlos despues á los productos de su casa.

Esto demuestra palpablemente el espíritu de progreso que reina en ella, y las grandes ventajas que podria reportar un país, cuyos hijos, trabajadores infatigables, aplican su capital y su inteligencia al fomento y al adelanto de él, si los Gobiernos á su vez estimulasen y alentasen la industria, de la cual tan ópimos frutos podrian reportar.

—Pues, señor,—dijo Azara despues de haber visto las distintas muestras de estampados que posee el establecimiento de que nos ocupamos.—Es menester convenir, que en Madrid no es posible imaginarse nada de esto. ¡Cuánto trabajo, cuánta perseverancia, y cuánto gasto representa todo esto!

—No se lo puede V. imaginar. Si el fabricante es puramente rutinario, y no quiere salir de la esfera en que se ha propuesto girar, desde luego que los riesgos que corre son mucho mas pequeños; pero, si por el contrario, aspira á algo mas, si está medi-



# LA PASION DEL REDENTOR,

POR JOSÉ PALLÉS.

Obra dedicada al Eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Valencia

## PROSPECTO.

Al ofrecer al público con la presente obra, la segunda de la sección religioso-recreativa, que inauguramos con el mismo autor, titulada: *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, creemos hacer un relevante servicio á la Religión, á las letras, á las artes, y especialmente á las familias católicas, que buscan una lectura provechosa y agradable en todo con sus sentimientos, y que al par que les edifique, les instruya, les moralice y les recree, tanto por el fondo como por la forma de la novela de mayor interés.

*La Pasión del Redentor* que hoy anunciamos, es una obra original bajo todos conceptos. Fruto de profundos y cuidados estudios, podemos asegurar que es un verdadero monumento levantado á la gloria del Catolicismo, monumento tan magnífico, que no conocemos otro igual entre las lenguas vivas de la culta Europa. Ni un detalle hay en *La Pasión del Redentor* que no sea perfectamente exacto; ni un tipo que no sea perfectamente histórico. Los personajes que entran en escena en el tremendo drama del Gólgota que desarrolla inimitablemente el Sr. Pallés, no son personajes famosos, no son creaciones del autor: son seres históricos evocados de la tumba, á quienes la pluma del Sr. Pallés resucita de nueva vida, para hacerlos pasar con todas sus virtudes, con todos sus defectos, con todo su interés dramático histórico ante la vista del lector, que por unos momentos se cree trasladado á unos tiempos que pasaron, y á una tierra que no existe ya.

Las leyes y las costumbres hebreas; la constitución de los tribunales de los israelitas, y los personajes que los componían; los tipos y los lugares de las escenas que en esta obra se desarrollan; los esfuerzos que hacían unos para cooperar al Redentor al patíbulo, y los trabajos de los buenos para evitar tan inaudito crimen; el dulcísimo tipo del Redentor divino, siempre enamorado de los hombres, el tierno de la Virgen Madre, siempre llenos de lágrimas sus ojos, y siempre rebotando su alma el perfume de la santa conformidad; el ardientemente enamorado corazón de Magdalena, el generoso de Marcos, de Berenice y de Claudia Prócula, esposa de Pilatos, el sagaz y malvado de Anás, el tempestuoso Onkelos siempre dominado por la ira y los propósitos de venganza, el vanidoso del maldito Caifás, y el hinchado y no menos de Eleazar; el dulce de Juan el evangelista, el decidido de Simon Pedro y de Santiago, el repugnante de Judas Iscariote y de Malco, junto con la multitud de seres ora buenos, ora malos, que intervienen en el drama sangriento del Gólgota, todo esto pasa ante los ojos del lector sin perder nunca el interés dramático, y aumentando siempre el deseo de ver el fin. Aquí las lágrimas se deslizan insensiblemente de los ojos, allí el ánimo se llena de indefinible pavor, mas allí el horror se apodera del espíritu; aquí el alma se acongoja, allí llora la Madre de Dios, allí gime y suspira el Redentor; ora es la naturaleza la que se estremece, ora es un pueblo inconstante el que grita y pide la muerte del Mesías; siempre son las pasiones las que como tormentosas olas se levantan contra el divino Nazareno, y siempre es el divino Nazareno el que con su dulzura y amor abate el turbion de las pasiones que bramán contra él.

La excesiva delicadeza del autor en vista de tanto movimiento como hay en su obra, y de tanto personaje desconocido de la mayor parte de los hombres como interviene en ella, ha temido que le achacaran ese movimiento y esos personajes á creación propia, y para evitarlo, y queriendo demostrar al mismo tiempo la gratitud que siente por el eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Valencia, á quien debe muchos favores, ha puesto el nombre glorioso del mencionado Cardenal en la primera página de *La Pasión del Redentor*, para que ese nombre le sirva de escudo contra los juicios que pudieran algunos formar acerca de la obra, achacando su acción interesantísima á la novela y no á la historia.

Esta casa editorial al ofrecer hoy al público *La Pasión del Redentor*, no ha vacilado en hacer cuantiosos desembolsos, para poner la parte material á la altura de la obra, y al efecto estrénará en ella un tipo, é irá ilustrada con veinte y cuatro primorosas láminas, comprendiendo estas los retratos de JESUCRISTO y DE LA VIRGEN MARÍA, RETRATOS VERDADEROS, el uno sacado de una esmeralda en la cual hizo Tiberio grabar el busto del Redentor, y el otro de una pintura de san Lucas, que se conserva en la Catedral de Valencia. Finalmente, se dará una VISTA DE JERUSALEN Á OJO DE PÁJARO de grandes dimensiones tal como dicha ciudad se hallaba en tiempos de la Pasión, para que puedan seguir los lectores las escenas que en la obra se describen, teniendo delante dicha vista panorámica de la ciudad deicida.

Como esta casa editorial no gusta de prometer lo que no debe cumplir, remitimos el público á la obra que hoy anunciamos, para que se convenza hasta la evidencia de cuanta verdad se encierra en todo cuanto hemos dicho hasta aquí, restándonos solo añadir que **consideraremos suscritos á *La Pasión del Redentor*, á todos los suscritores de la obra *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, á no ser que dichos señores nos participen su deseo de no querer seguir siendo suscritores á la indicada serie de obras religioso-recreativas, que con tanto favor del público hemos empezado á dar á luz.**

## CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

LA PASION DEL REDENTOR constará de dos tomos en 4.º y de regulares dimensiones, que repartiremos en entregas de 8 páginas, dando ocho semanalmente, al ínfimo precio de UN CUARTILLO DE REAL cada una en toda España. Las láminas y la Vista de Jerusalem que la ilustrarán, y repartirán en el transcurso de la publicación, serán GRATIS.

Puede cualquier particular suscribirse á esta obra, así como á las demás publicaciones de la casa, dirigiéndose á D. Eusebio Riera, acompañando el importe de lo que se pida en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería ú otro medio, y será atendido puntualmente. También pueden adquirirse por medio de sus corresponsales.